

limbo

Núm. 33, 2013, pp. 189-196

ISSN: 0210-1602

La filosofía de la religión de Santayana

SIXTO J. CASTRO

LOVELY, E. W., *George Santayana's Philosophy of Religion. His Roman Catholic influences and phenomenology*, Lanham, MD, Lexington Books, 2012, 240 pp.

Sin duda, para los expertos en Santayana su filosofía de la religión será materia de reflexión constante. Pero Santayana no suele ser un autor que forme parte de los de obligada lectura entre los filósofos de la religión. La virtud de esta obra que presentamos es precisamente reivindicar la figura del pensador español-americano justamente en ese terreno, en el cual Santayana se manifiesta como un «católico naturalista», lo que parece un oxímoron, si bien, como el autor se encarga de mostrar por medio de un sinnúmero de referencias, no lo es, y, por eso mismo, Santayana contribuye a ampliar el espectro de las formas en las que se encarna eso que contemporáneamente se engloba bajo el difuso término de «espiritualidad».

No hay duda. Santayana es católico de tradición, amante del catolicismo en sus manifestaciones, pero no creyente. No es teísta, ni mucho menos. Es naturalista o, más en concreto, materialista, y sin embargo eso no le impide habitar en la forma de vida católica y reivindicarla frente al protestantismo y a los compromisos modernistas. Todo esto forma la sustancia de este excelente ensayo de Edward W. Lovely, profesor de filosofía en dos universidades de Nueva Jersey (Fairleigh Dickinson y William Paterson), quien, haciendo acopio de multitud de referencias e investigaciones —la lectura desvela cuáles son sus fuentes principales—, trata de desen-

trañar esa *a priori* extraña relación que Santayana mantuvo con el catolicismo a lo largo de toda su vida. Lovely hace una breve presentación biográfica del pensador nacido en Ávila que nunca renunció a la ciudadanía española, ubica su itinerario vital e intelectual y en diversos capítulos presenta los aspectos que considera más relevantes para comprender (y de paso reivindicar) a Santayana como filósofo de la religión.

En el capítulo primero, Lovely estudia las influencias «vitales», por así decir, de Santayana. Lleva por título «Un naturalista “católico” paradójico». Lovely insiste aquí —y lo repetirá en diversas ocasiones a lo largo de toda la obra— en el hecho de que Santayana nunca dejó de ser culturalmente católico, y nunca abandonó su aprecio por el catolicismo, que consideraba en todos los aspectos infinitamente superior al protestantismo, cuya valoración siempre fue muy negativa. Santayana apreciaba la liturgia católica, sus ritos, sus dogmas, aunque nunca creyó que fuesen verdaderos, en el sentido de que describiesen algo existente; sólo lo serían tomados como ideales simbólicos que colman los espíritus ávidos. Pero amaba su estabilidad, su idea de la memoria, algo que el modernismo habría pretendido socavar. Lovely hace notar cómo en Santayana hay un continuo que va desde Platón, Aristóteles, el neoplatonismo y sus adaptaciones al cristianismo por obra de Agustín y Tomás de Aquino, que la reforma protestante, junto al renacimiento y la revolución francesa, habrían roto y, como consecuencia, habrían acabado entre otras cosas con la disciplina esencial al catolicismo. Lovely se hace eco de las relaciones que el filósofo abulense tuvo con católicos, desde las monjas romanas en cuya casa residió los últimos años de su vida hasta el dominico Richard Butler, que escribió una tesis sobre el autor y con quien mantuvo una larga relación, si bien Santayana siempre se consideró «desilusionado», es decir, incapaz de aceptar las «ilusiones» religiosas, que tienen más que ver con la poesía y con la imaginación que con elementos constituyentes de la realidad. Este es un aspecto sobre el que el autor vuelve reiteradamente, de modo correcto, y que da mucho que pensar sobre el concepto de «reali-

dad» que maneja Santayana, claramente materialista, en efecto, pero que casa mal con su aprecio por lo poético o imaginativo, como veremos más adelante. En este capítulo Lovely tiene la intuición de relacionar a Santayana con Unamuno en su aspecto religioso emocional, señalando sus diferencias en lo que respecta a su consideración de la mística. No obstante, al lector le puede parecer que es excesivo considerar que Unamuno fuese considerado «hereje y ateo» (p. 17). Lovely señala cómo Santayana valora la piedad, la oración y sobre todo la facultad de la imaginación y lo simbólico, todo esto, a su modo de ver, configurador de lo católico.

En el segundo capítulo, Lovely desarrolla con más detalle la filosofía de Santayana, especialmente su tesis de las «esencias», y señala las figuras que le influyeron, sobre todo Platón, Aristóteles, Heráclito, Demócrito y Lucrecio, Spinoza, Hegel, Schopenhauer. Hace asimismo mención de la controversia existente sobre si hay de hecho una evolución o un cambio en el pensamiento de Santayana, respecto a la cual toma partido por la tesis que defiende que en la segunda parte de su pensamiento la espiritualidad —sin abandonar su naturalismo— se vuelve más evidente (p. 36). Pero eso parece ser una cuestión abierta. Al menos así se deduce de las referencias que aduce en apoyo de las diversas tesis. Lovely estudia con detalle los aspectos fundamentales en los que cada uno de los autores arriba citados influyó en el pensamiento de Santayana, sobre todo en su naturalización de las formas platónicas en su teoría de las «esencias», reales pero no existentes (sólo existirán la materia y las intuiciones que alcanzan las esencias) y, por ello, eternas e incapaces de actuar sobre la materia, es decir, carentes de potencia ontológica y reducidas a propiedades epistemológicas. Acto seguido, Lovely desarrolla los elementos fundamentales del naturalismo filosófico de Santayana, a partir de una exposición detallada de los «reinos del ser»: esencia, materia, verdad y espíritu y, sobre todo, el brillante concepto de Santayana que engloba el término de «la fe animal» —en la que resuenan tantos ecos pragmatistas—, que, mediante la relación con las cosas, nos asegura su existencia.

El capítulo 3 estudia los aspectos fenomenológicos de Santayana, en relación con su filosofía de la religión, mediante la comparación de sus aportaciones con las de los grandes representantes de la fenomenología. Aun cuando Santayana raras veces hiciese referencia a este término, Lovely defiende que puede hablarse, en todo caso, de una aproximación fenomenológica en el pensador hispanoestadounidense, comparando la epoché husserliana con la fe animal de Santayana y la idea de esencia en ambos (y en Whitehead), y analizando la relación entre nuestro autor y Peirce, James y Heidegger, si bien Lovely centra su análisis comparativo en Husserl, cuyas claves filosóficas e ideas principales recorre para mostrar la comunidad entre ambos filósofos.

El capítulo 4 muestra la relación que hay entre todos los aspectos religiosos que Lovely ha ido describiendo y la idea de Santayana de una «vida de la razón». El autor sostiene que la filosofía de la religión de Santayana no es tanto una descripción fenomenológica de los aspectos antropológicos y culturales de la religión cuanto una fenomenología del espíritu. La religión es, pues, algo que pertenece a la vida de la razón, aun cuando sus contenidos, como, p.ej., Dios, sean símbolos para determinadas esencias. Una reflexión interesante del pensador de Harvard es la que versa sobre la «religión última», asociada con la piedad, la espiritualidad y la caridad. Esta religión última es una suerte de religión laica, en la que ha desaparecido la ilusión en las expectativas trascendentales y la salvación reside en la aceptación y la contemplación, donde la plegaria no hace que sucedan cosas, sino que da esperanza y prepara el corazón para lo que suceda. Claramente, lo que algunos filósofos contemporáneos, como Alain de Botton, han tratado de desarrollar, una suerte de espiritualidad para ateos, está presente (y mejor fundamentada) ya en Santayana. Y sin embargo, en el lector subsiste la idea de que el concepto de existencia que maneja Santayana, que ciertamente va asociado a su idea de «desilusión», tiene difícil encaje con su alta valoración de la religión y la poesía, dos nombres para una y la misma cosa en su esencia, que sólo se diferencian en cómo se relacionan con los asun-

tos cotidianos. ¿Existen los personajes de ficción? ¿Son reales pero no existen? Esta cuestión nos abre a una reflexión sobre el concepto de existencia que nos puede llevar por las sendas de Meinong o de Russell, y que, ciertamente, queda lejos del objeto de estas letras. Ahora bien, lo que queda claro en Santayana es que la actitud de tolerancia y el respeto hacia lo religioso es parte de la vida de la humanidad: segarlo de raíz sería segar toda vida poética de la experiencia humana. Quizá por esta razón es Santayana tan (paradójicamente) beligerante contra el modernismo, que, a diferencia de los grandes pensadores del medievo, no enfrenta la duda, sino que se evade con «ficciones baratas» que concilian lo católico con el mundo moderno, suavizando las doctrinas más duras, como el infierno eterno (lo cual indica que las interpretan en el sentido más literal posible, porque, de no ser así, no habría ninguna necesidad de cambiarlas). Su defensa de lo católico le lleva a criticar también, de modo inmisericorde, la reforma protestante, entre otras cosas porque habría impedido la racionalización del cristianismo que habría comenzado el Renacimiento: «la reforma impidió la eutanasia del cristianismo» (p. 168). Es ciertamente una afirmación muy poderosa y comprometida, pero no creo que sea fácil defender la deriva «desmitologizadora» del mundo renacentista, más allá de la mezcla de elementos paganos y cristianos en una especie de lugar común. Ahora bien, lo que Santayana subraya es cómo el Protestantismo perdió la rica vida de la imaginación que conforma la tradición católica, y los medios poéticos y estéticos de satisfacción del alma.

Como habrá quedado claro, Santayana se apoya en el elemento estético de toda la creencia y la institución católica, que para el de Harvard tiene muy poco efecto en la sociedad, «a no ser que el mundo se convierta en un monasterio». El esteticismo de Santayana, desemboca, pues, no sólo en la reducción de la creencia a la imaginación, sino, sobre todo, en la separación completa entre religión e intervención en el mundo, lo cual, a pesar de su apelación a la patrística, no es defendible *tout court*. Pero, obviamente, es la tesis que encaja con el pensamiento de Santayana, en paralelo a su idea

«epifenomenalista» (un término que el autor no usa, como señala Lovely, pero que, según lo que los filósofos contemporáneos de la mente entienden por él, encaja bien con Santayana) según la que lo mental deriva de lo material, pero no tiene ninguna influencia sobre esto último.

En el capítulo 5, finalmente, Lovely muestra la importancia de Santayana para la filosofía de la religión contemporánea, en su calidad de pensador espiritual y materialista. Aquí el autor reivindica el lugar de Santayana en el canon de los filósofos de la religión que, a su modo de ver, no ha sido reconocido, así como la parte que se le debe en razón de sus aportaciones anti-fundacionalistas a lo que después constituirá el pensamiento postmoderno, sobre todo en su versión deconstruccionista. El materialismo de Santayana, quien, al mismo tiempo, proclama la necesidad de vivir una vida espiritual, y su admiración por el catolicismo constituyen sin duda una novedad en el ámbito de la filosofía reciente, en la que no es fácil encontrar un pensador en el que, como afirma Lovely, «a pesar de su propia desilusión, su sensibilidad hacia el fenómeno de la vida religiosa y el profundo respeto por la creencia y la práctica religiosas son incuestionables» (p. 189). En este último capítulo, Lovely, examina varias obras de Santayana, algunas de las cuales tienen títulos expresamente «religiosos»: *Interpretaciones sobre poesía y religión*, *La idea de Cristo en los evangelios*, y vuelve a otras en las que trata el tema religioso, como *La vida de la razón* o *Los reinos del ser*. Expone lo que considera que son las bases de una «teología construccionista» que pueda reinterpretar el dogma cristiano y, finalmente, relaciona el pensamiento de Santayana con la más popular «teología de procesos» y retoma su idea de la «religión última», esencialmente pluralista. La conclusión final que nos ofrece Lovely es la siguiente: «mi argumento es que gracias a la opinión de Santayana se abre un amplio camino de espiritualidad que es agradable tanto para el que, religiosamente *desilusionado*, busca una vida espiritual independiente, como para aquellos que encontrarían solaz espiritual acercándose a los símbolos y a la disciplina de la religión organizada» (p. 212).

Sólo le pondría una pega a esta obra de Lovely, y es que en ocasiones se desvanece esa especie de argumentación lineal y queda enmascarada por una serie de repeticiones o por la aparición de ciertas reflexiones en un lugar que parece ajeno a las mismas. Pero eso es más una apreciación de revisor de textos. En lo que se refiere al contenido de la obra, creo que supone una investigación extraordinaria con una propuesta sumamente innovadora. Las reflexiones de Santayana pertinentes para la filosofía de la religión no tienen asiento en una o dos de sus obras, sino que están esparcidas por toda su producción filosófica, lo que da cuenta de la importancia que el tema tenía para el filósofo abulense. Lovely señala en muchas ocasiones las tensiones que este pensamiento tan particular ocasiona en la filosofía de Santayana. Obviamente, su catolicismo naturalista, que es una *contradictio in terminis*, tiene que hacer que las costuras de su manera de concebir la realidad y la existencia se tensen por alguna parte, pero de lo que no cabe duda es de que su propuesta es importante, y quizá más en el mundo en el que nos toca vivir, de radicalismos y fundamentalismos en todas las escenas que Santayana habitó, tanto en lo católico como en lo naturalista. La apelación al elemento imaginativo, tan denostado una vez que el elemento cognitivo humano se redujo prácticamente a una forma de razón determinada, no puede más que ser recibida con alborozo, se comparta o no la exclusión que Santayana hace de lo que habita este espacio del ámbito de lo existente, o su propuesta epifenomenalista, una más de la miríada que pueblan la filosofía de la mente contemporánea y que, a mí entender es esencialmente errónea, pero esa es una cuestión de filosofía de la mente que queda lejos del objetivo de esta reseña.

Si se me permite la gracia fácil, Lovely ha compuesto «a lovely book». Para alguien como yo, que me dedico a la filosofía de la religión y a la estética, que me había acercado a la figura de Santayana precisamente a través de su magnífico *El sentido de la belleza*, el descubrimiento de la hondura de nuestro filósofo en lo que respecta a mi otro ámbito de interés ha sido, efectivamente, un descubrimien-

to que tengo que agradecer tanto a Lovely como a quien me ha invitado a escribir esta reseña.

*Departamento de Filosofía
Universidad de Valladolid
Plaza del Campus s/n
47011 Valladolid (España)
E-mail: sixto@fyl.uva.es*